

SERVICIO ESPAÑOL

DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 279

Valencia, 7 de Noviembre de 1937

María Carbonell, 2

Madrid

La misma excelsitud de su martirio lleva este drama a una grandeza moral como ningún pueblo español había conocido hasta ahora

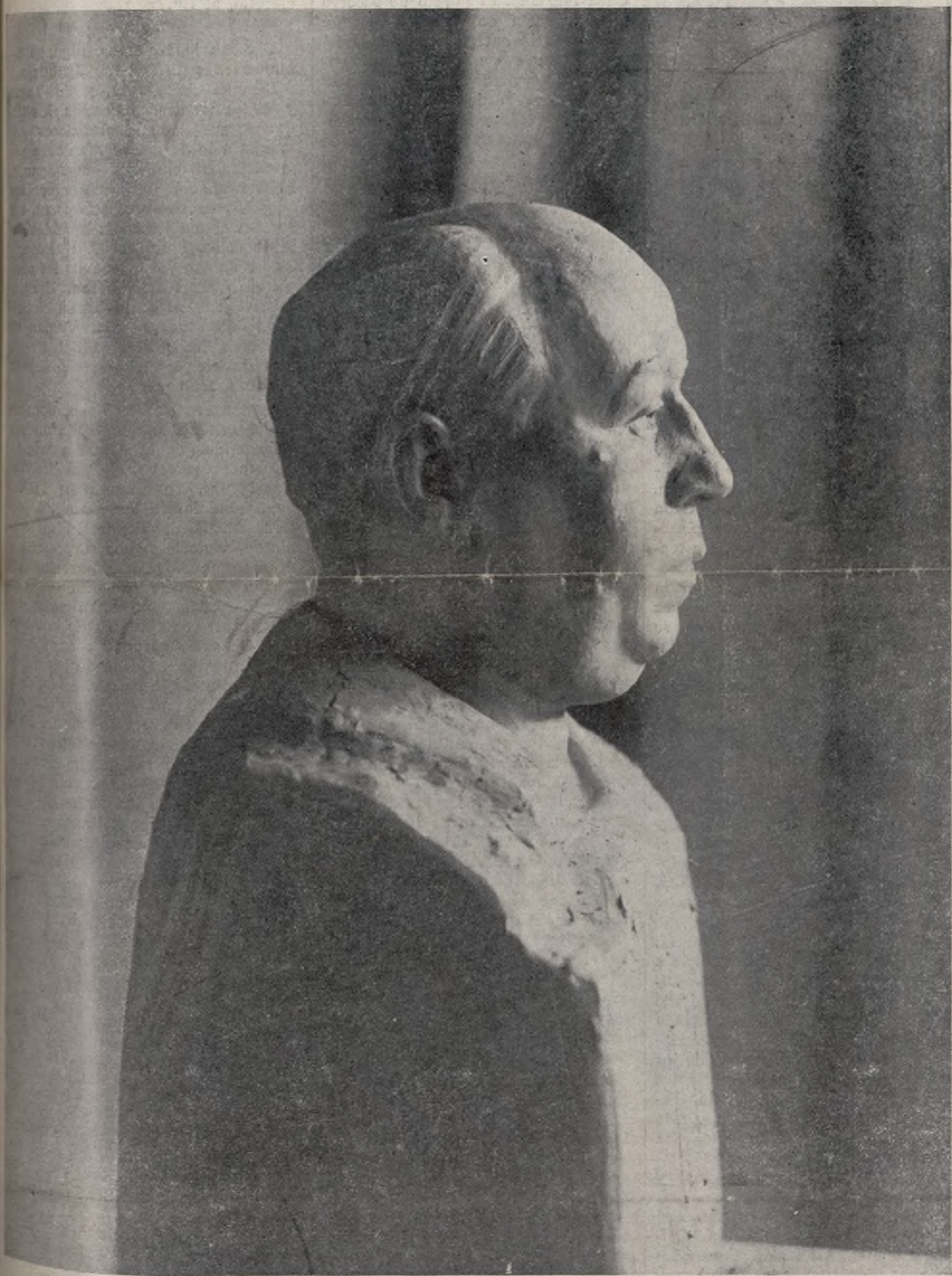
"Madrid ha asumido una representación excelsa. ¡Madrid, asesinados sus hijos, arrasados sus monumentos, en llamas sus tesoros de arte!... La misma excelsitud de su martirio lleva este drama a una grandeza moral como ningún pueblo español había conocido hasta ahora.

En Madrid, donde nunca había pasado nada, pasa ahora lo más grande de la historia contemporánea de España, y será menester que transcurra tiempo para que los propios madrileños todavía no asesinados, alegremente conformes con su tremendo destino, puedan percibir las repercusiones que su resistencia sin límite va a tener en los destinos de España.

Sí, Madrid se ha ganado una vez más la capitalidad moral de todos los españoles.

Yo no digo una sola palabra más de Madrid. El silencio vale por la admiración y por la gratitud. Madrid podrá ser el símbolo de toda la actitud del pueblo español, y de sus ruinas saldrá una nueva capital, como de las ruinas del país saldrá una patria nueva."

(Del discurso pronunciado por S. E. el Presidente de la República, Don Manuel Azaña, en el Ayuntamiento de Valencia el día 21 de Enero de 1937.)



Busto de S. E. el Presidente de la República, obra del artista Juan Bautista Aduara

La aceptación serena de un destino que se presentaba inclemente, dió en 1936, exactamente como en 1808, la victoria a Madrid. La victoria de Madrid fue prólogo de la victoria de España; de esta entrañable España nuestra, que con su sentido trágico de la vida, repugna más que la muerte, la servidumbre colonial de los poderes extraños.

Morir ayudando a realizar el anhelo profundo de la Patria, he ahí un ideal inmarcesible, al que el Gobierno, tomando como testigo a Madrid, se declara fiel. Madrid, que nos tiene por sus discípulos, no rechazará nuestros nombres cuando levante para toda la nación la bandera de la República iluminada por todas las victorias de España. Y con Madrid, está toda España."

Palabras del discurso pronunciado ante el micrófono de Unión Radio de Madrid por el Presidente del Consejo de Ministros, Don Juan Negrín, el día 22 de Octubre de 1937.)

«La elección de Madrid como tribuna específica del Gobierno, no es acontecimiento que se deba a la casualidad de un viaje protocolario. Es acto de profunda razón política, con el que el jefe del Gobierno quiso significar que a cualquiera que sea la movilidad a que la guerra obligue al Ministerio, la capitalidad de España está aquí, en este Madrid, incomparable en sus reacciones nacionales.

Si en alguna ocasión el Gobierno, tal y como hoy está constituido, sintiese la necesidad de fugarse —permitidme que tome de la calle esa palabra puesta en circulación por nuestros enemigos, ahora que está a punto de trasladarse el Gobierno a Barcelona—, se fugaría, haciendo el camino con el máximo de velocidad, de las tierras de Levante a las calles de Madrid.

Muy faltos de agudeza andarán quienes no hayan percibido cómo mediante viajes reiterados a la capital, han cuidado de ir aplacando su nostalgia de Madrid los ministros. No soy yo de los que piden que se nos computen como sacrificio lo grave de nuestras responsabilidades, lo ingrato y abundante nuestros trabajos, el exceso de contrariedades y las pruebas de toda índole por las que a diario nos es obligado pasar; me conformo con que se me reconozca un solo esfuerzo doloroso: el de renunciar a Madrid.

Los que me han visto trabajar aquí saben que no juego con la cortesía ni barajo la lisonja. Y para hablar de otro que no sea yo, ahí está ese compañero de responsabilidad ministerial que cuando siente o es nivelado su espíritu por las contrariedades, se receta un viaje a Madrid para tonificar la voluntad y recobrar su ímpetu. Si algún día pues, llega a vosotros la noticia de que el Gobierno ha huido, sabedlo seguro, madrileños: le tendréis aquí».

(Palabras del discurso pronunciado por don Julián Zugazagoitia, Ministro de la Gobernación, el día 28 de octubre de 1937.)

Fe inquebrantable en el heroísmo de Madrid

El aniversario de la fecha gloriosa en que Madrid supo resistir la invasión del enemigo, nace revivir en mí aquellas horas y días de honda preocupación y grandes amarguras en que, sin embargo, no me faltó ni un momento la fe inquebrantable en el heroísmo de mis paisanos.

Al ratificar ahora mi convicción firmísima de que Madrid sabrá resistir siempre, no puedo menos, al rendirle mi emocionado homenaje, que saludar con gratitud, como madrileño, al hombre representativo de una gesta histórica: el General Miaja.

Valencia, octubre 1937.

B. GINER DE LOS RIOS
Ministro de Comunicaciones y Obras Públicas

UN AÑO DE MADRID

Noviembre de 1936. Los milicianos han retrocedido, ante los moros, los legionarios, los aviones de bombardeo, la artillería pesada y los carros de asalto, desde Talavera a Toledo, desde Toledo a Illescas, desde Illescas a Parla, desde Parla a las puertas de Madrid. Los defensores de la Sierra se sostienen bravamente y El Escorial, casi cerrado, no se rinde. Pero dos grandes columnas amenazan a la capital de España. Una avanza por el Sur. Por el Oeste la otra.

Al mismo tiempo, la maniobra moral se desarrolla con crueldad aparatosa. El claro cielo otoñal de la Heroica Villa es manchado constantemente por los aviones de Franco. Lluven las bombas sobre casas, calles, parques y jardines. Arden los hospitales. Se desplomán los museos. Se hunden los templos. Se truecan en montones de escombros humeantes los orfanatos y las guarderías infantiles. Las «colas» de víveres son ametralladas. En un refugio mueren asfixiadas ochenta personas. Invaden las rúas caravanas innumerables de fugitivos que llevan a hombres, o cargados en carritos arrastrados por asnos famélicos, sus ajueres miserables. Se pelea en los Carabanchales, en la carretera de Extremadura, en la Casa de Campo. Desde los altos del Paseo de Rosales, los cañones de la República disparan sobre el cerro de Garabitas, que ya es del enemigo. El Gobierno sale de Madrid y se forma una Junta de Defensa, que preside el General Miaja. El teniente coronel don Vicente Rojo, ex profesor de la Academia de Toledo, que en Julio y Agosto se batiera en Guadarrama como simple soldado de infantería, fusil en mano, es jefe del Estado Mayor de las fuerzas que defienden a Madrid.

Porque Madrid no quiere someterse al fascismo. Madrid, que desde Julio ha gritado «¡No pasarán!», ha decidido, instintivamente, espontáneamente, sin asambleas, sin votaciones, sin gestos ampulosos y teatrales, honrar y mantener su palabra. ¿Qué los invasores están ya en los arrabales? No importa. Y surgen las barricadas. Las barricadas elementales, las barricadas de los movimientos progresistas, las barricadas del morrión, del trabuco, del lebrero «Pena de muerte al ladrón», del Himno de Riego; las barricadas donde se cantaba y se reía,

se bebía, se luchaba y se moría sencillamente, sin jactancias. Luego hubo otras científicas. Basadas en las leyes de la castrametación. Con caminos cubiertos. Con zigzagueos calculados trigonométricamente. Con aspillero para ametralladora y para fusil. Con campo de tiro. Mas en Noviembre, cuando Varela preparaba su ataque a lo Saüer, las barricadas eran leves obstáculos que un asaltante audaz podía franquear de un sólo impulso.

En Leganés, los jefes de la rebelión discutían empeñosos. Tenían ya, al alcance de sus voces, alcalde, ayuntamiento, diputación, policía y redacciones de periódicos, traídos de Valladolid y que esperaban el momento de entrar en funciones. Tenían también cuarenta consejos de guerra. Los fusilamientos serían cien mil, según los piadosos cálculos de algunos escritores católicos. Únicamente faltaba el empujón definitivo. ¿Por dónde se daría? Yagüe, el ametrallador de Badajoz y Almedralejo, sostenía que había que avanzar por el Oeste. Varela afirmaba que era más práctico hacerlo por el Sur. Franco y Mola apoyaron a Varela. Yagüe, disgustado, desinteresóse de las operaciones.

Varela reunió, en dos masas, a los labores de regulares y a las banderas del Tercio. Aviadores alemanes y tanquistas italianos debían de abrirles el camino, y allá fueron los marroquíes y los apaches del Tercio, en demanda de Usera, de la Puerta de Toledo, del Puente de los Franceses. ¿Cómo resistir la doble avalancha? El aire ardía. Temblaba la tierra. Monstruos alados volaban rozando casi los tejados de los inmuebles. Y otros monstruos, todo acero y llama, avanzaban invencibles e inexorables por las calzadas, sembrando el terror. Y debajo de los unos y detrás de los otros, las turbas aulladoras de salvajes africanos y salvajes europeos, corrían disparando sus fusiles, empujando sus ametralladoras, blandiendo sus gomas corvas y brillantes. Y cerrando el horizonte, las baterías de 75, de 105, de 155, lanzaban, atronadoras, la muerte...

16, 7, 8, 9, 10, 11, 12 de Noviembre... El ataque a lo Saüer llegó al Paseo de Rosales, a la calle de Moret, a la Cárcel Modelo, al Asilo de Santa Cristina, y amenazó las calles que llevan al Paseo de la Castellana. Y hacia el Sudeste, cu-

brío con sus oleadas las riberas del Manzanares y el barrio de Goya. El Cuartel de la Montaña fué evacuado. Murió Durruti, ante las edificaciones de la Ciudad Universitaria. Se peleaba de día y de noche. Cada casa, cada encrucijada, cada plaza, cada árbol, cada kiosco, era teatro de combates homéricos. Homéricos, sí, porque, igual que en la Ilíada, los combatientes, a la vez que entablaban duelos mortales, se increpaban, se injuriaban, se gritaban su odio y su desprecio.

15 de Noviembre. Varela volvió a Getafe, mohino y cabizbajo. El ataque a lo Saüer había fracasado. Madrid era incontestable.

Enero de 1937. Madrid tiene frío y hambre. Carece de víveres y de combustible. Sus noches, negras y heladas, se abren trágicamente al ruido siniestro del motor de explosión. Franco se venga de la derrota, asesinando, en oscuridad, niños y mujeres que lloran y tiritan.

Nueva reunión en Getafe. Varela, calla. Yagüe, exulta. El tenía razón sobre su rival. Si se hubiera seguido su consejo, Madrid sería, desde Noviembre, la capital de la España fascista. Mas aún era tiempo. Había que romper la resistencia de los defensores, interponiéndose entre ellos y las guarniciones de la Sierra. Una operación a fondo, desde Pozuelo a Las Rozas, una marcha rápida sobre Fuencarral y Hortaleza y el triunfo surgiría, fácil y pingüe.

Ya había infantes alemanes con los rebeldes. Mozos rubios y blancos de la Legión Cóndor. Y también italianos. Con ellos y las fuerzas especiales de choque —moros y Legionarios— bien apoyados por artillería, tanques y aeroplanos, se organizaría una masa combatiente irresistible.

Y así fué hecho. Durante ocho días corrió la sangre a lo largo de la carretera de La Coruña. Un batallón denominado de los «Figaros», porque lo formaban mozos barberos y peluqueros, y otro, llamado «Leones Rojos», y que integraban carniceros y matarifes, sostuvieron una batalla absurda y heroica en las parameras de Las Rozas. Más abajo, ardiaron los hotelitos de las Colonias de Pozuelo, de Aravaca, de todas las agrupaciones donde la mesocracia madrileña concretara, en cemento y ladrillo, sus fantasías constructivas. Los pinos de El Plan-

Los catalanes, los levantinos, los castellanos, los andaluces, son hoy, tienen que ser hoy, sobre todo y ante todo, "madrileños". Porque, hoy por hoy, madrileño quiere decir "español libre" y voluntad infranqueable

tío se trocaron en teas. Se peleó al arma blanca en los comedores y reservados de La Pérgola, de Casa Camorra, de Molinero-Sicilia, de Casa Mariano. El puesto de socorro de la Cuesta de las Perdices fué elevado a la categoría de baluarte llave. Muy cerca ya, en una hondonada, recostado en sus montes boscosos, el Pardo —cuarteles, Palacio, casas humildes, jardines solemnes— aparecía como una presa segura...

Pero Yagüe fracasó como había fracasado Varela. Jadeante, extenuado, el invasor se detuvo ante los tapias de El Pardo y el altozano donde se alza la ermita del famoso Cristo. Y no avanzó más...

Nuevo Consejo de guerra. Decididamente, Madrid se había transformado, de ciudad abierta, en ciudadela inexpugnable. Era inútil sitiársela. Había que cercarla totalmente, que aislarla del resto de la España leal y que rendirla por hambre y falta de munición. Los técnicos de Hitler, pedantes y desdenosos, estudiaron el mapa y dictaron su fallo. Se atacaría por Arganda. Se cortaría el camino de Valencia. Luego, se combinaría la maniobra con un ataque sobre Alcalá de Henares.

Y se concentraron, entre Aranjuez y Ciempozuelos, nuevos tabores y nuevas banderas. Y una división alemana encargóse de romper nuestras líneas.

¡Dura batalla! Las columnas enemigas eran como arietes que golpean en los muros almenados de una fortaleza. Arietes de carne y de metal. Arietes enrojecidos y sangrientos. Perdimos La Marañosa. Y Ciempozuelos. Y otros lugares. La ola invasora casi cubría el Puente de Arganda. Nublaba el cielo las escuadrillas de aviación. Rugían centenares de cañones. La infantería teutona atacaba en masa, como en Kozíowa, como en Verdún, como en el Iser. A sus flancos, nutridos guerrilleros de moros y de legionarios, se adelantaban con ella. Y los escuadrones de tanques rodaban sobre la tierra helada, entre los olivos de ringlas simétricas.

Hubo una noche horrible. Con temperatura de 10 grados bajo cero, en angustiosa oscuridad, decidióse la atroz pugna. Las brigadas internacionales saltaban de los camiones y corrían, guiándose por los lejanos fogonazos, a la línea de combate. Algunas unidades de ellas se aventuraron de tal forma, que se vieron envueltas y tuvieron que hacer el cuadro. Pero nuestra resistencia, de estática, se cambió en dinámica. Al ataque, se opuso el contraataque. Bayoneta contra bayoneta. Cuchillo y navaja contra guma. Pistola contra pistola. Pecho contra pecho, y corazón contra corazón. Se mataba y se moría dentro de una espesa tiniebla que rasgaban los lívidos resplandores de las descargas. ¿Cómo no se confundían los combatientes? No se confundían porque se adivinaban. El odio, la rabia, la angustia, daban a sus ojos miradas que atravesaban la negrura fatal...

Cuando amaneció, la cuña alemana con sus flancos marroquíes y terciarios, se había doblado a unos centenares de metros del Puente. Montones de cadáveres y de moribundos, tanques volcados, ametralladoras rotas, derribadas de sus

trípodes, jalonaban el camino de la victoria republicana. Acabábamos de ganar nuestra primera batalla en campo abierto. Teníamos un ejército, al fin.

Y como lo teníamos, algunas semanas más tarde, fué Brihuega.

Después de Varela, y de Yagüe y de los técnicos alemanes, los italianos surgieron jactanciosos. Nueve ataques a lo Saüer, ni maniobra por la Sierra, ni empujón por Arganda. Ellos acababan de desembarcar sus brigadas de nombres pomposos, sus divisiones motorizadas: que les daban solos. Eran 30.000. Únicamente pedían que los germanos les completaran su fuerza aérea. Bergrözi, el general de la barba eléctrica, iría en vanguardia. Venían a vencer a los guerreros del Negro. ¿Es que los milicianos de España valían mucho más?

Centenares de camiones, docenas y docenas de tanques rodaron por los caminos de la Alcarria fría. ¿Cómo progresaban! Cada día, varias leguas. Ya estaban en Trijueque. Guadalajara iba a caer. Y detrás, Alcalá de Henares. La maniobra, victoriosa, nos sorprendía y desconcertaba. ¿Cómo pararla?

Nieve. Huracán. Lluvia. Granizo. Y entre ellos, volaron nuestros cazas y nuestros aparatos de bombardeo. Ochenta, agrupados en columna formidable, bajaron de las nubes y ametrallaron la meseta árida, donde las carreteras se dibujaban abiertas de vehículos de motor. Bajo su amparo poderoso nuestros tanques y nuestra infantería, avanzaban irresistibles. Se recobró Trijueque. Se escaló los cerros de Brihuega. Huyeron los italianos en sus camiones, dejando abandonados miles de heridos, de extraviados, de enfermos. Rindiéronse compañías enteras y estados mayores de batallón. Adua y Caporetto habían tenido, en tierra española, una continuación catastrófica...

Y luego...

Madrid, para ayudar al Norte, abrumado por su aislamiento, víctima de la fatalidad geográfica, atacado en Garabitas, en La Granja, en Brunete, ha tomado pueblos y reductos, ha trastornado planes del adversario, ha pasado de defensor a ofensor; ha salido de sus trincheras para golpear duramente, y nazmente, en el dispositivo estratégico de los invasores. Miaja y Rojo lograron que el miliciano se transformara en soldado regular, que el bisoño adquiriera, con rapidez pasmosa, la veteranía que da solidez a las unidades y permite a los jefes intentar las maniobras engendradas de triunfos.

Y mientras, los madrileños sufren, callaban, esperaban, dominados sus hambres, sus fríos, sus miserias, soportando estoicos el diario cañoneo de Garabitas y del Cerro de los Angeles, recogiendo en las calles sus muertos y heridos, buscando entre las ruinas de los edificios derribados combustible para sus hogares sin vituallas, formando columnas en las mañanas lúgubres del invierno y en los rientes amaneceres del estío, llenando teatros y cines, y diciendo, cada vez que el comunicador oficial anunciaba una nueva desgracia nórdica: ¡Pasaremos!

FABIAN VIDAL

MADRID, CIUDAD ETERNA

(Noviembre 1936. Noviembre 1937)

Valencia

Aunque mi cuerpo, ausente de tu tacto,
se agite con dolor por no pisarte;
hoy, que tan fuertemente te deseo,
no estás lejos, Madrid, que de continuo
cada español te vive y acompaña.
Mira, mi canto mismo al derramarse
y sentirse en mi mano conducido
hasta el blanco distrito en que se expresa,
como por ti nació, vivo te cruza,
y estás tan cerca en él, que confundido
mi pensamiento olvida tu distancia.

No estás lejos, ciudad, que el tiempo pierde
su costumbre y acción junto a tu orilla,
como el espacio mismo inútilmente
trata de deshacer tu noble entraña.
Doce meses seguidos te han buscado
los enemigos crueles de tu frente;
doce meses seguidos te atacaron
los que te admiran ya sin poseerte;
hoy a tus pies contemplan tu grandeza
y, aunque vencidos, cantan tu homenaje.

Doce meses, ciudad, tus doce hojas,
el almanaque de tu valentía...
Mientras tu flor creció, tu fuerte tallo
un pueblo entero alzaba embravecido,
salvándose en sus manos de la hoguera.
Sus mismos fuertes brazos hoy sostienen,
en medio de una tierra ensangrentada,
tu corola, que el tiempo cambia en fruto.
Doce meses, Madrid, te dan eterno.
Gloria, gloria a este pueblo que hoy te aclama
hecho carne real de su heroísmo.

No estás lejos, ciudad, vives presente.
Ya ves: el mundo entero a ti se inclina.

EMILIO PRADOS

Tres valiosas adhesiones

Paris, le 28 octobre 1937.

Mon cher Ambassadeur:

Vous me demandez de joindre mon nom à ceux qui, sur l'invitation du Gouvernement espagnol s'approprient à commémorer l'anniversaire de l'héroïque résistance de Madrid.

Est-il besoin que je vous donne mon sentiment?

Je l'ai écrit assez souvent dans de nombreux articles. Je l'ai proclamé dans mes discours. Je souffre des souffrances du peuple espagnol. Je souffre pas moins de ceux que tous mes compatriotes ne sentent pas, comme moi, ce qui se joue chez vous et qu'une partie de notre opinion soit systématiquement enduite en erreur sur ce qui se passe en Espagne.

J'estime que la République et la Patrie son également intéressées à ce que ne réussisse pas une insurrection, très probablement encouragée par l'Allemagne et l'Italie, et dans tous les cas indiscutablement soutenue par elles, sans quoi il y a longtemps que le Gouvernement espagnol l'eût emporté. Outre que le succès des insurgés et des intervenants serait un coup grave porté à la démocratie en Europe occidentale, il nous créerait une troisième ligne de communication avec l'Afrique du Nord, où réside près du tiers de notre armée.

Voilà pourquoi je ressens profondément depuis le début de votre guerre civile, si vite transformée de nos deux pays, pourquoi j'attends avec l'émotion que vous pouvez supposer l'issue de la bataille qui,

depuis un an, se livre devant votre capitale.

Bien amicalement à vous,

J. PAUL BONCOUR

7 novembre 1936! Les hordes fascistes se ruent puissamment sur Madrid. C'est la grande offensive victorieuse dont par avance le triomphe semble inévitable. La presse immonde internationale entonne le paean. Comment la malheureuse cité, défendue seulement par l'armée populaire, sans cadres, sans discipline, privée d'armes par la criminelle «non-intervention» pourra-t-elle résister à l'assaut des troupes exercées, pourvues des engins les plus modernes, encadrées par des techniciens étrangers? La République espagnole va expier; elle avait, selon le vœu que Michelet formait pour la France «déclaré la paix au monde» et supprimé chez elle la peste militariste: ce sont des crimes qu'on ne saurait payer trop cher. Le 7 novembre au matin, légionnaires, requetés, Allemands, Maures, Italiens, tous les «héros» de l'armée «nationale» prendront leur café au lait dans les faubourgs de Madrid avant le joyeux massacre. Mais les jours passent: la Junte de défense s'est constituée avec à sa tête l'héroïque Mija; la colonne internationale s'est jetée devant l'ennemi comme un bouclier vivant: chaque citoyen a pris les armes pour défendre son foyer, ses enfants. Et des jours passent encore, des semaines, des mois, et voici une année entière aujourd'hui que Madrid résiste, Madrid à demi détruite par d'atroces bombardements, Madrid incendiée, affamée, martyrisée dans la

CASTILLO FAMOSO

A nadie le puede sorprender el heroísmo de Madrid: la capital de España tenía dadas sus prubeas y no está entre sus cualidades la de ser voluble. Lo que sí sorprenderá mucho es su estilo, su estilo propio de heroísmo. Solemos ver el heroísmo a distancia y todo él toma para nosotros un solo color, no ya color de sangre, sino resplandeciente pulcritud de mármol eterno. Al mirarlo de cerca, le advertimos su profunda naturaleza humana, y de aquí, en cada caso, si lo hubiésemos contemplado de igual modo, su aspecto peculiar. El heroísmo de Madrid no es más que la suma de sus virtudes llevadas al máximo rendimiento, por el destino, o, si se prefiere, por el azar. Madrid había de ser lo que es, ante la acometida de los extraños, por pura fidelidad a su íntima naturaleza. No es lo de «morir sonriendo», que el morir es seriedad absoluta. Es el heroísmo de luchar, como si no se pudiera morir; la negación misma de la muerte, y con ella, de esa paradoja que llamamos inmortalidad. Es todo lo contrario: afirmación de vida, no para un mañana eterno, sino para hoy, para un mañana efímero como el hoy, para todos los días por venir. Es, en suma, la expresión más fecunda de la España nueva, segura de vivir, sin luchar a la desesperada, antes al contrario, sostenida por la esperanza más noble, tanto que se ha convertido en fe; y tampoco en fe ciega, como la que pintan, sino en la certeza clarividente de un futuro que es el de la humanidad toda. En Madrid ha habido siempre algo de toda España. En toda la España leal hay ahora, tiene que haber, es imposible que no haya, algo de nuestro eterno Madrid.

ENRIQUE DIEZ CANEDO

chair des mères et des petits enfants éventrés par les bombes.

Hommes de Madrid, mes frères, le nom de votre ville fait tressaillir notre cœur d'un douloureux amour et d'une honte brûlante. Certes nous sommes quelques uns qui n'avons pas voulu cela. Mais sans doute ne nous sommes-nous pas jetés dans la mêlée avec une ardeur assez farouche; sans doute n'avons-nous pas trouvé la parole qu'il fallait pour enflammer les masses afin qu'elles exigent pour vous la justice, qu'elles exigent réparation de l'abominable iniquité dont vous êtes victimes. Pourtant si les gouvernements démocratiques n'ont pas su comprendre, si les membres du tribunal international ont détourné les yeux du droit piétiné et blessé, avec la terreur abjecte d'avoir à nommer le criminel par son nom, le peuple, lui, du premier coup a senti que votre combat était son combat, que votre cause était sa cause. Pour chaque prolétaire, même pour ceux qui étouffent dans l'atmosphère de mensonge des régimes totalitaires, Madrid est devenue l'inoubliable patrie, la patrie saignante du socialisme.

Et maintenant les menaces ont beau à nouveau se faire plus pressantes, les états totalitaires continuer à Londres leur jeu machiavélique, l'armée fasciste s'appropriant à porter ses masses sur le front d'Aragon et de Guadalajara, pour nous, soldats du droit, nous demeurons convaincus que c'est le droit qui finira par triompher et que Madrid l'invincible, la stoïque, la ville à jamais sacrée, deviendra la capitale universellement admirée d'une Espagne définitivement libérée et victorieuse.

VICTOR BASCH

Président de la Ligue des Droits de l'Homme y Président du Comité International de Coordination et d'information pour l'aide à l'Espagne Républicaine.

Paris le 26 Octobre 1937.

Monsieur l'Ambassadeur, Vous ne doutez pas que je n'aie été touché, au fond du cœur, par la lettre que vous m'avez fait l'honneur de m'adresser, si émouvante dans sa gravité, si belle et convaincante dans son austérité.

Vous ne doutez pas que, depuis quinze mois, je n'aie vécu que pour l'Espagne, que toute mon existence intellectuelle et sentimentale n'ait été conditionnée par le drame farouche de ce peuple—le vôtre—qui se bat et meurt pour nous.

Je dis «pour nous», parce qu'il n'y plus actuellement qu'une seule cause au monde pour tous ceux qui refusent les cavernes du fascisme. C'est la cause sous laquelle vous êtes rangés vous mêmes, pour votre honneur et pour celui de tous les intellectuels du monde.

Il y a trois ans, exactement, je vivais le premier drame asturien, heure par heure, dans une angoisse semblable. C'était à Moscou. Je me

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

souviens de mes longs entretiens à ce sujet avec Manouïlsky au Komin-tern.

Faut-il donc revoir, aggravée et décuplée par une sauvagerie froide et savante, cette tragédie que nous espérons unique?

Le chemin des peuples, vers la Liberté, n'est fait que de pierres, et ils l'arrosent de leur sang, de leurs larmes.

Je vous prie de croire que, dans la faible mesure où cela m'est possible, mes forces ne cessent pas et ne cesseront pas d'être unies à toutes celles qui luttent pour la dignité humaine, contre la barbarie médiévale, et particulièrement à toutes celles que la phase la plus atroce du calvaire de la libre Es-

pagne—l'écrasement du peuple asturien—poussent à faire entendre leurs voix à nous faibles gouvernants.

D'ailleurs, je ne doute pas un instant de la victoire de l'Espagne républicaine; la Convention française a connu des heures aussi angoissantes quand Toulon, Lyon tombaient entre les mains des ennemis, quand une colonne de royalistes arrivait jusqu'à Mantes, à 60 kilomètres de Paris, et que les impériaux se présentaient à la frontière du Nord, après avoir battu les premières armées républicaines.

La révolution bolchevique a connu, elle aussi, des moments non moins précaires, quand Denikine ravageait l'Ukraine, Kolchak avançait en Sibérie Kornilof était aux portes de Pétrograd.

Je suis convaincu que l'héroïsme inégalable du peuple espagnol marquera, à son tour, l'histoire du sceau de sa volonté.

J'ai la certitude indestructible que la Démocratie espagnole aura le dernier mot.

Veuille agréer, Monsieur l'Ambassadeur, l'hommage de mes respectueuses et affectueuses amitiés.

JUAN RICHARD BLOCH

Autógrafo del Ministro de Estado

Un año de asedio de Madrid y un año de prueba magnífica del temple de un pueblo que es invencible. - Estoicismo de sus gentes, fortaleza moral, entusiasmo fervoroso por la Idea, espíritu de sacrificio, defensa instintiva de la dignidad, confianza en sí mismo, valor indomable. - En suma: Propia estimación. Cuando un pueblo sabe encontrarse y extrae de su seno sus más depurados valores éticos, siente el orgullo legítimo, de la comparación. - y triunfa, aunque no combatiere, porque se estima y se siente superior. - ¡Y lo es! Así es Madrid, nuestro querido Madrid, para quien va en esta fecha inolvidable mi corazón entero, bendicho de admiración y plétorico de respeto.

Jose Giral
Valencia Noviembre 1937

Los hombres que integraron la Junta de Defensa de Madrid

En la mañana del 7 de noviembre del año 1936 y bajo la presidencia del general don José Miaja, se constituyó en Madrid la Junta de Defensa. Delegados de todos los Partidos y Sindicatos del Frente Popular, integraron la Junta que había de hacerse cargo, en tan críticos momentos, de la arriesgada misión que la fué encomendada al ausentarse el Gobierno de la capital de la República.

Para el cargo de Secretario fué designado don Fernando Frade (del Partido Socialista), y se distribuyeron las diferentes especialidades, que venían a reemplazar, en el ámbito ciudadano a los Ministerios, de la manera siguiente:

Guerra, don Antonio Mije (del Partido Comunista); Orden Público, don Santiago Carrillo (de las Juventudes Socialistas Unificadas); Industrias de Guerra, don Amor Nuño (de la C. N. T.); Comunicaciones y transportes, don José Carreño España (de Izquierda Republicana); Finanzas, don Enrique Giménez (de Unión Republicana); Información y enlace, don Mariano García Cascadas (de las Juventudes Libertarias); Evacuación, don Francisco Caminero (del Partido Sindicalista), y Abastecimiento, don Luis Yagüe.

Fueron estos hombres, de firmeza y humildad sin par, quienes aceptaron el compromiso de defender Madrid en aquel trance de muerte. Compromiso cumplido. Desde hace un año, Madrid —que ha visto cómo, al normalizarse la bélica situación, se reintegraban estos hombres modestos y heroicos a sus ocupaciones respectivas, de las que fueron sacados con urgencias de quien demandaba auxilio—, está seguro. Seguro y altivo. Madrid tiene confianza en sus hijos, en sus defensores. Tanto como la que ellos mismos —hijos de Madrid y defensores de Madrid, con valor paternal— depositaron en la gloriosa Villa el día 7 de noviembre.



Fueron estos hombres, de firmeza y humildad sin par, quienes aceptaron el compromiso de defender Madrid

MADRID, CIUDAD SUPERHEROICA

El día 7 de noviembre los ejércitos llamados «nacionalistas» (!!) llegaron a las puertas de la ciudad con idea de forzar su entrada. Mas a decir verdad, mis compañeros del Hospital Clínico, de la Facultad de Medicina y yo nos dimos cuenta de la gravedad de la situación, absorbidos como estábamos en aquellos días por la abrumadora labor de curar los numerosos heridos que a todas horas del día y de la noche nos llevaban las ambulancias. Quiero, por cierto, aprovechar una vez más la ocasión de hacer públicos el celo y la abnegación del personal sanitario de todas clases que en los diversos quirófanos y en las clínicas se hallaba incesantemente pranicando operaciones y curas, a veces, hasta muy avanzada la madrugada, y destacar, sobre todo, dos figuras prestigiosas: las de los profesores Cardenal y Olivares, que desde los primeros momentos acudieron a mi llamada, interrumpiendo sus bien ganadas vacaciones, y que con absoluto desprecio de su salud, de su sueño y de su alimentación se encerraron en el Hospital, exclusivamente dedicados a sus humanitarias tareas (conducta que modestamente imitamos también otros), multiplicando sus esfuerzos en favor de las víctimas del fascismo criminal.

Al estampar aquí este último adjetivo (muy suave en relación con los hechos a que se aplica) yo evoco, más que con horror, con asco infinito y con la máxima indignación, uno de aquellos días luctuosos en que una bomba, caída en las proximidades de la estación de Atocha, produjo tal número de víctimas, que pocos minutos después nos empezaron a llevar seres humanos, muchos de los cuales no lo parecían por las horribles mutilaciones que sufrían y que los médicos recibíamos a la entrada del hospital clínico en medio de la mayor emoción, teniendo que ahogar los sentimientos de rabia que hechos tan bárbaros nos producían, para dejar paso a los de caridad y cumplimiento del deber en auxilio —muchas veces ya inútil— de aquellos infelices. Y una vez más, como siempre que comentamos hechos de este género que se

han querido disfrazar con el nombre benévolo de «guerra totalitaria», cuando en realidad no son más que el salvajismo en su grado máximo, al que se pretende dar un carácter «científico» (profanando la ciencia, claro está) hemos de hacer notar la brutalidad inconcebible de los que tales «métodos» (!!) idean y ejecutan, pues —perdónese un estilo no habitual en mí— son tan «brutos», en el sentido más antiespiritual del vocablo y con perdón de los seres, hombres y animales, a los que habitualmente así llamamos, que no se han dado cuenta aún, en su entendimiento romo, de que tales hechos, en nuestras latitudes, lejos de aterrorizar, horrorizan, sí, pero no intimidan y, al contrario, indignan en gran manera, siendo en definitiva contraproducentes para las propias propagandas de los que los emplean e incluso para sus mismos correligionarios políticos, muchos de los cuales han declarado su antipatía por tales procedimientos, ante los cuales toda persona de sensibilidad ha de sentir la mayor repugnancia. Por nuestra parte nos declaramos a veces avergonzados de pertenecer a una especie zoológica como la humana en la que tales aberraciones son posibles y de que pertenezcan a ella seres tan monstruosos como los que los idean y tan viles como los que —por una lira o por unos marcos— los ejecutan.

Mas parece que nos apartamos del comentario sobre Madrid, y en realidad no es así. Madrid ha llegado al heroísmo inigualable en esta guerra inicua de invasión y está asombrando al mundo con su valor y con su resistencia, hasta tal punto que los objetivos de «heroico», «valeroso», «abnegado», etc., van a perder un poco de su valor cuando de Madrid se hable y van a quedar tan solo como modestos diminutivos al lado del calificativo más honroso que en el porvenir le podrá ser aplicado a un ciudadano cuando se quiera exaltar en él el máximo valor estoico y sereno: el de madrileño.

DOCTOR MANUEL MARQUEZ

Para elaborar el reglamento de una nueva civilización

Por su resistencia heroica, Madrid quedará en la historia del mundo como un modelo a señalar. En los tiempos modernos no se recuerda otro caso de resistencia igual, y respecto a tiempos anteriores a los nuestros, para comparar, hay que considerar los medios destructivos de hoy y los empleados entonces.

Pero este heroísmo digno de la loa de los futuros manuales de Historia, podría quedar reducido a un hecho de guerra solamente. Lo que sublima la gesta de Madrid no es esto. Porque si fuera esto sólo quedaría limitado a un suceso anecdótico muy decisivo, muy influyente, pero que necesita alinearse con otros para establecer una ley general. No, Madrid, no es de una gesta guerrera, sino una gesta moral. Como nuestra guerra no es como una guerra cualquiera. Nuestra guerra es la guerra civil por antonomasia. No luchan dos naciones, ni dos bandos de un mismo pueblo en pugna por una soberanía, sino que en realidad son todas las naciones y los bandos de cada uno de los pueblos que combaten por dos concepciones del mundo, por completo antagónicas. Según sea su resultado, los hombres serán más libres o más esclavos.

Y esta función decisiva para todos los hombres, Madrid la realiza con toda dignidad, con la máxima dignidad.

Porque no es un ejército que se enfrenta con otro, es toda una población que se enfrenta con un ejército. Además del soldado que está en avanzada bajo el signo de la muerte, hay que contar los que en retaguardia han adoptado su vida ordinaria a un ritmo nuevo y siguen firmes, constelados también por la muerte.

Y todos son combatientes. La mujer que cuida el hogar, el niño que juega en la calle, el obrero en su labor, el tendero, el menestral, el camarero de café, como el parroquiano del café, como el viejo que toma el sol, todos son combatientes. Realizan su trabajo o viven su solaz bajo la metralla, y cuando no, bajo la amenaza de la metralla.

No quieren abandonar Madrid. Hay que evacuar a la fuerza a la población que no tiene objeto inmediato que cumplir. No quieren abandonarlo, porque saben que necesita una población civil para elaborar tras el ejército, junto al Ejército popular, esa ley civil, reglamento de una nueva civilización, que es el sentido noble, señero, de nuestra guerra.

J. AGUADE y MIRO
Ministro del Trabajo

A la memoria de Emiliano Barral

¡MADRID!

¡Madrid, Madrid; qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarrar, el cielo truena,
tú sonríes con plomo en las entrañas.

Madrid, 7 de noviembre de 1936.

II

Más de una vez he dicho que si Madrid no hubiera sido capital de España cuando estalló la rebelión militar, habría conquistado, en este año de abnegación y heroísmo, la capitalidad que más de tres siglos no han podido disputarle. Y la habría conquistado sin pretenderlo, como se conquistan todas las cosas grandes: aspirando a otras mucho mayores.

Madrid ha sabido ser España, España entera, que es la España leal al Gobierno de nuestra gloriosa República. Luchando sin tregua contra los traidores de dentro y los invasores de fuera, Madrid no tuvo una hora de vacilación, de desconfianza o de coberdía: ni siquiera un momento de jactancia en que gritase: ¡Viva Madrid!, porque siempre ha gritado: ¡Arriba el pueblo!

Madrid ha sabido ser más que capital de España y espejo de todos los buenos españoles; porque al defender la causa popular —la justicia para el pueblo—, vierte su sangre por todos los pueblos y defiende el porvenir del mundo.

Valencia, 27 de julio de 1937.

III

La sonrisa madrileña

Madrid tenía ya —¿quién puede dudarlo?— una breve y gloriosa tradición salpicada de sangre y de heroísmo, su breve historia trágica, que don Francisco de Goya anotó para siempre. Pero el pueblo madrileño, que no lo ignoraba, nunca se jactó de ella; en labios madrileños, Bailén, Cádiz, Zaragoza, Gerona, eran, entre las gestas de nuestra guerra de la Independencia, tanto o más que Madrid. Cuando Madrid, hace del 2 de Mayo una fiesta piadosa específicamente madrileña, quitándole la solemnidad y el atuendo de fiesta nacional, para no herir el amor propio de una nación amiga, obra en función españolísima, como capital de todas las Españas. Nosotros tendíamos a olvidar lo trágico y lo heroico madrileño. En verdad, nos lo borraba esa jovialidad de Madrid, no exenta de ironía, de apariencia frívola y desconcertante, esa gracia madrileña inasequible a los malos comediógrafos, que todo lo achabacanan, y que tan finamente han captado los buenos (Lope, Cruz, Jacinto Benavente), esa gracia cuya degradación es el chiste, y que es esencialmente un antídoto contra lo trágico y un anticipo del fracaso de lo solemne. Pero la sonrisa madrileña, levemente cínica, marcadamente irónica, es ya una sonrisa "a pesar de todo", porque en Madrid es la vida más dura que en el resto de España. Es en Madrid donde adquieren más tensión los resortes de la lucha social y de la competencia en el trabajo; el lugar de los mayores afanes y los mayores riesgos, donde, a causa de la mucha concurrencia, es más grande la soledad del individuo, donde es más ardua la empresa de salir adelante con la propia existencia y la de la prole. Hay en la sonrisa madrileña una lección de moral, de dominio del hombre sobre sí mismo, que pudiera expresarse; a mayor esfuerzo, menor jactancia.

IV

En los primeros días de la rebelión militar, Madrid tuvo la intuición inmediata del enemi-

go, la revelación de toda la fuerza con que había de medirse. Cómo y por qué el pueblo, precisamente el pueblo madrileño, era el menos sorprendido por la traición fascista, y el más dispuesto a combatirla, es algo que los historiadores del porvenir nos explicarán, acaso, algún día. El hecho es que la decisión de pelear hasta morir fué algo perfectamente maduro en el alma del pueblo.

Y esta decisión era tanto más heroica y magnífica, cuanto que el pueblo carecía de todo recurso material para la guerra, no tenía armas ni instrumentos, ni hábitos militares, frente a un enemigo que parecía poseerlo todo. En opinión de muchos, asistimos, por aquellos días, ya para siempre gloriosos, a uno de esos milagros de la voluntad popular, que sólo se obran en España. Y hemos de reconocer que el milagro se hizo en Madrid sin aparato mágico, sin apariencias sobrenaturales, como una empresa perfectamente humana.

V

Madrid frunce el ceño
(Los milicianos de 1936)

Después de puesta su vida
tantas veces por su ley
al tablero...

JORGE MANRIQUE

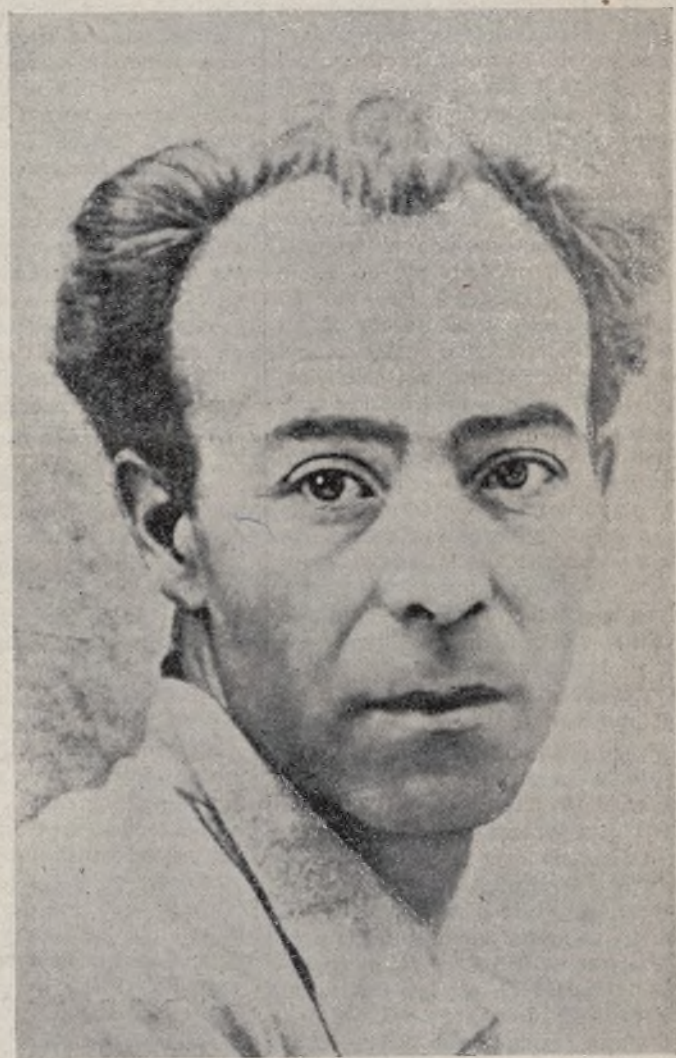
¿Por qué recuerdo yo esta frase de don Jorge Manrique, siempre que veo, hojeando diarios y revistas, los retratos de nuestros milicianos? Tal vez será porque estos hombres, no precisamente soldados, sino pueblo en armas, tienen en sus rostros el grave ceño y la expresión concentrada o absorta en lo invisible de quienes, como dice el poeta, "ponen al tablero su vida por su ley", se juegan esa moneda única —si se pierde, no hay otra— por una causa hondamente sentida. La verdad es que todos estos milicianos parecen capitanes, tanto es el noble señorío de sus rostros.

VI

Cuando una gran ciudad —como Madrid en estos días— vive una experiencia trágica, cambia totalmente de fisonomía, y en ella advertimos un extraño fenómeno, compensador de muchas amarguras: la súbita desaparición del señorito. Y no es que el señorito, como algunos piensan, huya o se esconda, sino que desaparece —literalmente—, se borra, lo borra la tragedia humana, lo borra el hombre. La verdad es que, como decía Juan de Mairena, no hay señoritos, sino más bien "señoritisimo", una forma, entre varias, de hombría degradada, un estilo peculiar de no ser hombre, que puede observarse, a veces, en individuos de diversas clases sociales, y que nada tiene que ver con los cuellos planchados, las corbatas o el lustre de las botas.

VII

Entre nosotros, españoles, nada señoritos por naturaleza, el señoritisimo es una enfermedad epidérmica, cuyo origen puede encontrarse, acaso, en la educación jesuítica, profundamente anticristiana y —digámoslo con orgullo— perfectamente antiespañola. Porque el señoritisimo lleva implícita una estimativa errónea y servil,



El ilustre escultor Emiliano Barral, muerto gloriosamente en el frente de Madrid

que antepone los hechos sociales más de superficie —signos de clase, hábitos e indumentos— a los valores propiamente dichos, religiosos y humanos. El señoritisimo ignora, se complace en ignorar —jesuíticamente— la insuperable dignidad del hombre. El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma, en ella tiene su cimiento más firme la ética popular. "Nadie es más que nadie", reza un adagio de Castilla. ¡Expresión perfecta de modestia y de orgullo! Sí, "nadie es más que nadie", porque a nadie le es dado aventajarse a todos, pues a todo hay quien gane, en circunstancias de lugar y de tiempo. "Nadie es más que nadie", porque —y éste es el más hondo sentido de la frase—, por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre. Así habla Castilla, un pueblo de señores, que siempre ha despreciado al señorito.

Agosto de 1936

Madrid, el "frívolo" Madrid, nos reservaba la sorpresa de revelarnos, a tono con las circunstancias más trágicas de la vida española, toda la castiza grandeza de su pueblo. En los rostros madrileños, durante unos días de seriedad, vimos a España entera en su mejor retrato. Madrid, frunciendo el ceño oportunamente, había eliminado al señorito y ya podía sonreír otra vez.

El enemigo —los traidores de dentro y los invasores de fuera— se iba poco a poco aproximando a Madrid. La aviación enemiga multiplicaba sus asesinatos monstruosos de los inermes y los inofensivos: de enfermos, de ancianos, de mujeres, de niños. El cielo otoñal madrileño, con sus nubes de plata y sus lluvias ligeras, tan alegre antaño, tan hospitalario y acogedor cuando nos anunciaba los días del renacer de la vida ciudadana, la vuelta de los escolares a sus estudios, la reapertura de sus centros de solaz y cultura, era ahora una constante invitación a la blasfemia, a una blasfemia que los combatientes no proferían. Madrid había recobrado su sonri-

(Continúa en la página siguiente)

Recuerdos insignificantes

Mediados de Julio. Domingo. Vísperas de grandes acontecimientos: aurora de sangre y dolor. Volvemos de El Escorial varios amigos, donde hemos pasado la tarde. Son las doce de la noche. Noche maravillosa, negra, serena hasta el espanto. Bajamos del auto en la terraza de la Granja de Henar. Uno, no sé quién, uno de esos noticieros oficiosos que abundaban en los cafés de Madrid, nos sale al paso, diciendo misteriosamente: Han matado al teniente Castillo. La verdad, yo no sabía quién era el teniente Castillo. Al principio, creí que se trataba de un crimen vulgar: una malquerencia bárbara, unas palabras destempladas, quién sabe si algún amorio... un tiro. Pronto vi, ante la consternación de algunos de los que estaban conmigo, que se trataba de un crimen político, al parecer, uno más en la bárbara serie de los que se venían cometiendo desde que las pasiones políticas se habían puesto al blanco incandescente. Desde hacía algún tiempo, sin poderlo remediar, sentía yo repugnancia e inquietud por lo que sucedía en mi patria. Yo no era político...

Vi, de pronto, sentado en una mesa de la terraza de Negresco a mi amigo el Dr. Negrín. Fui a él: Han matado al teniente Castillo—le dije. ¡Ah...!—no dijo más. Parecía ignorarlo. Quedamos en silencio. La impresión que le hizo la noticia hubo de traslucirse por un pliegue profundo que se le marcó en el entrecejo. De pronto, con voz tranquila, matizada de desdén: —Sí—dijo—intentarán matarnos a todos. Nuevamente silencio. No tenía por qué extrañarme de él, porque muchas veces nos pasábamos los dos, largos ratos juntos, sin despegar los labios. Pero aquella expresión, seguida de silencio, me impresionó mucho. Sabía yo que estaban varios de mis amigos, y de los más queridos, amenazados de muerte.

Sin ser hora muy avanzada de la noche, apenas había dado la una, estaban ya las terrazas de los dos cafés vacías. Vino María la billetera, chaparra, redonda y bulliciosa: —¿Qué hace aquí, don Juan? —Ya ves... —Usted no debía estar aquí—y, dirigiéndose a mí: —Usted debía hacer ir al Doctor a su casa.

Negrín, al oír esto, reía con toda su cara, que no es chica. Entonces, la billetera, con desgarró muy madrileño:

—Es que no quiero perder un buen cliente... Hala... hala... a casa.

No paró la buena mujer hasta que nos hechó de la terraza. María era socialista. Al vernos marchar, me dijo muy por lo bajo, confidencialmente:

—Perdone. El Doctor es demasiado valiente... Pero nosotros tenemos que defender a nuestros hombres.

Aquello era, ingenuo y simpático

en grado superlativo. Cada uno se fué por su lado.

La historia de España aquella noche tan negra, tan espantosamente serena, como el estilo diamantino de Poé, tomó un ritmo vertiginoso.

Lunes. — Serían las once de la mañana. Encontré a un amigo en el Museo Moderno, contemplando muy complacido una colección de estampas de Carnicero. Comentamos un instante la gracia de las figuras, las finezas del grabado. Al salir, ya en la puerta, me dice:

—Sabe usted que han secuestrado esta noche a Calvo Sotelo?

Estaba yo en las antipodas de la política, y me eché a reír: No es ningún «guayabo», le repliqué. Vino en esto el Subdirector del Museo:

—Han raptado —me dijo— esta noche a Calvo Sotelo. La policía anda loca buscándole.

Sería divertido, respondí. Con un suceso así, Chesterton compondría una novela policiaca aún más entretenida que la del llamado Jueves. Luego, el Conserje:

—Señor director, por ahí dicen que han raptado a Calvo Sotelo.

Algo más tarde, el Habilitado, que venía del Ministerio, me informa:

—Dicen que esta noche unas gentes disfrazadas de Guardias de asalto han raptado a Calvo Sotelo.

La cosa se iba precisando. He de confesar que me parecía caso extraño que se pudiera raptar en Madrid a un hombre de esa manera; y más a uno que era político visible, jefe de la oposición de S. M. a la República. A la tarde, tomando café me enteré de que, al fin, la policía había dado con él en el Depósito de Cadáveres del Cementerio del Este. Tuve que rendirme. Hervían en comentarios encendidos todas las mesas. Se gritaba. Se gesticulaba. El energúmeno campaba en libertad. La pasión, en todos los tonos y para todos los gustos, corría desbocada.

Mi inquietud por el sesgo que tomaban las cosas crecía hasta la angustia. La Historia de España salvaba por segundos distancias enormes. Mientras yo, y como yo tantísimos españoles, estábamos entregados a otros menesteres, no poli-

ticos, ajenos a la tormenta que comenzaba, la Clio trágica destapaba la Caja de Pandora en medio de España. De nada nos podía valer de allí en adelante nuestra labor pacífica, nuestros esfuerzos de tipo espiritual, nuestras luchas en la vida. Todo iba a derrocarse. Todo no tardaría en venirse abajo. Gran viraje en la Historia de la Patria... ¡Ahora sí que la íbamos a vivir, y no en los libros, sino en la realidad!

Jueves. — Un amigo, periodista, me dice muy por lo bajo:

—Se han sublevado las guarniciones de Melilla y Ceuta.

Ya no lo tomé como bulo. Todo, lo más terrible, podía suceder y sucedió. Le pregunté el origen de la noticia:

—Se lo he oído decir a Prieto en el Congreso.

Ya no podía haber ninguna duda.

Y luego vino la noche del sábado al domingo. La Radio funcionaba de una manera insólita. Se sucedían las arengas, ardientes unas, serenas otras. ¡A las armas! ¡A las armas! Los nombres de los oradores y su representación, el lugar desde donde hablaban, aún más que sus palabras, descubrían al más torpe que el lanzamiento militar había provocado automática y fatalmente la revolución. Guerra civil y revolución... Pasados unos meses vendrán, además de éstas, otras cosas aún más pavorosas. La Historia de España corre ya rauda como avión de caza. Y ya no se parará a vegetar. Se subvierten repentinamente todos los valores. Surge el miliciano, el mono azul, símbolo de un momento. Todo lo bueno y lo malo que se hace, al pueblo se debe: toma cuarteles, parques, campamentos, factorías, arsenales; corre a la Sierra, y casi con solo su coraje, por-

que sus armas eran más bien de fantasía, cierra allí el paso al que hasta entonces había sido ejército regular de la República. Y así, peleando desordenadamente, sin plan ni concierto, con mandos improvisados y varia fortuna, hasta Noviembre. Horizonte cerrado.

Aquel sábado... primero de los de Noviembre del 36. Mejor dicho, aquella noche del viernes. Había trabajado yo todo el día sin parar, en un libro que, para distraerme de la pesadilla real, me puse a componer. «Se necesita cuajón», me digo ahora a la luz de tantos y tan terribles acontecimientos. Salí de casa, ya oscurecido. Tenía aquellos días tertulia en la librería de Meléndez. Me acerqué allí. Estaba cerrada. Me fui al Regina. Cerrado también. No había luz en las calles; de vez en vez, el lanzado largo, frío y fulgurante de un reflector que perforaba el ámbito tenebroso de la calle. Poca gente en ella. Una tristeza densa, densa y negra, me ahogaba el alma. En

MADRID. Así, sin adjetivos. Sin más que tu nombre: MADRID.

Por ti y siempre para ti, MADRID, toda nuestra futura vida espiritual, pero siempre, también, con el dolor de no poder alcanzar nunca con nuestra música la expresión divina que traduzca tu tan alta significación humana.

Salvador Bacarisse. — Manuel Lazareno. — Francisco Gil. — Rodolfo Halffter. — Eduardo Torner. — Julián Bautista. — Pedro San Juan. — Bartolomé Pérez Casas.

Desde el puesto de combate que me ha correspondido envío a mis heroicos y abnegados compatriotas -hombres y mujeres- el saludo más emocionado y cordial ¡Cada cual lucha donde puede y como puede!

Angel Ossorio

La victoria sólo será de la República

Hace un año que Madrid defendía en la cumbre de los heroísmos supremos la independencia de toda nuestra patria, agredida por ejércitos extranjeros y traidores indígenas, estrellando contra sus muros infranqueables las fuerzas de invasión.

Al contemplar este Madrid de hoy, con sus trincheras, con sus soldados de hierro, forjados en combates gloriosos como los de Guadalajara, Jarama y Brunete; con su vida normal bajo el fuego de los obuses, con su alegría permanente; con su valor impresionante, nuestra fe en la victoria, la confianza absoluta en los destinos de la libertad, de paz y de progreso porque luchan armas, se robustece y afianza.

Madrid, que el 7 de noviembre de 1936 fué el ejemplo más alto de la conciencia progresiva, de la España republicana, fué el freno tajante de la ocupación extranjera, es hoy el aliento más poderoso, la garantía suprema de que la victoria sólo será de la República.

JESUS HERNANDEZ

Ministro de Instrucción Pública

(Continuación)

sa, "a pesar de todo", expresiva ahora de una ironía mucho más honda. Madrid había llegado a una plena conciencia de su grandeza y de su soledad, quiero decir que Madrid se sentía a solas con España, con lo más hondo y perdurable de su raza, con ese ímpetu español que no mienta a la patria, porque es la patria misma, y que, cuando otros las invocan para traicionarla y venderla, acude a defenderla y a comprarla con la propia sangre. Con España —y algunos nobles amigos extranjeros—, y enfrente de los traidores, de los cobardes, de los asesinos, de las hordas compradas al hambre africano, enfrente de los siervos incondicionales, ciegos instrumentos de la reacción europea, frente a los más sombríos fantasmas de la historia, más o menos motorizados, frente a las tropas italianas de flamantes equipos militares, al servicio de un faquín endiosado, frente a los técnicos de

la guerra, de una guerra sin posible victoria, sabios verdugos del género humano, a sueldo de la ambición germánica... Era todo eso lo que Madrid tenía enfrente, lo que Madrid oía tronar a sus puertas.

Quien oyó los primeros cañonazos disparados sobre Madrid por las baterías facciosas, emplazadas en la Casa de Campo, conservará para siempre en la memoria una de las emociones más antipáticas, más angustiosas y perfectamente demoníacas que pueda el hombre experimentar en su vida. Allí estaba la guerra, embistiendo testaruda y bestial, una guerra sin sombra de espiritualidad, hecha de maldad y rencor, con sus ciegas máquinas destructoras vomitando la muerte de un modo frío y sistemático sobre una ciudad casi inerme, despojada vilmente de todos sus elementos de combate, sobre una ciudad que debía ser sagrada para todos los españoles, porque en ella teníamos todos —ellos también— alguna

raíz sentimental y amorosa. Los asesinos de Madrid, asesinos de España, estaban allí, crueles, implacables... Pero no entraban. ¡Ah! No podían entrar. Hubo de aplazarse indefinidamente el sacrilego Te Deum en la Puerta del Sol, que proyectaban aquellos enemigos de Dios, para festejar la consumación de su crimen. No entraban, no podían entrar, porque Madrid no lo consentía. Un general insigne y unos cuantos capitanes egregios —¿habrá algún día bronce bastante para ellos?— cuajaron con pechos madrileños un frente de combate, una barrera infranqueable por el odio faccioso. Ha pasado un año y, para asombro del mundo —¿merece el mundo tan sublime espectáculo?— esa barrera sangra, pero no cede. ¿Triunfará Madrid? La victoria la ha ganado cien veces, quiero decir que cien veces la ha merecido.

ANTONIO MACHADO

Valencia, 7 de noviembre de 1937.

La enseña de la República

La República española es un régimen de derecho. Su contenido estatal está basado en un orden jurídico que se funda en la democracia como sistema político constitucional.

Contra ese orden jurídico se alzó en armas el ejército, en unidad de pensamiento primero y de acción más adelante con las derechas españolas por una parte y el fascismo internacional por la otra.

La característica de la lucha hoy podría definirse por decir que, bajo la forma de un pronunciamiento militar, riñen sus diferencias, el despotismo y la democracia, ésta con la ayuda de la ley y el afecto del proletariado universal; aquél con el apoyo de los fascistas de Italia, Alemania y Portugal.

La lucha tiene tres sistemas de combate. Las retaguardias de ambas zonas, leal y rebelde, donde al amparo de normas de Gobierno y bajo la presión de contrapuestas orientaciones políticas y sindicales, se fragua el espíritu del nuevo Estado.

Los frentes de batalla en los que la metralla siega la vida de la juventud española. Y los órganos de opinión internacional, desde donde se interviene la lucha con egoísmos, afectos, intereses, audacias y decaimientos sin que a la hora presente se haya bosquejado la figura positiva que pase a la historia como trasunto final de su actitud.

Existe un nombre en el que de modo más o menos directo e inmediato confluyen las rutas de los tres grandes frentes de lucha: Madrid.

Capital de la República, teatro de heroísmos, de frentes de combate, violencias de retaguardia, problemas internacionales anunciados por las representaciones diplomáticas con traducción a la práctica en beneficio de la rebelión, Madrid recibe afanes, heroísmos, vilezas, traiciones, lealtades y firmezas, que le convierten en símbolo hacia el que la guerra canalizó, tanto las aguas limpias que la democracia emancipada supo defender, como las cloacas que el miedo, las bajas pasiones, la traición y la felonía recogieron al derivar entre ruinas, odios y cadáveres.

Madrid recoge en su nombre el contenido integral de los diversos componentes que demarcan el guión del triunfo. Su firmeza, su heroísmo, su resignación, su altivez, su esfuerzo y su fortuna, han hecho de Madrid la enseña de la República en su lucha contra el conjunto abigarrado que se mueve en la rebeldía de la que Franco es cabeza visible.

La capital de la República es hoy nudo de afectos, esperanzas y anhelos de un mañana de triunfo y de paz en el cual la virtud, el esfuerzo y la fortuna no lo sean tan solo de Madrid, sino del Estado entero y de toda la democracia universal.

¡AURRERA BETI MADRID!
¡MADRID FOR EVER!

IRUJO

Ministro de Justicia

Valencia, octubre de 1937.

¡Madrid, Madrid!

“No hay una piedra allí que no me importe.”

(Eulogio Florentino Sanz)

Hace un año que Madrid sufre por la perfidia de malos españoles, auxiliados por bárbaros cabileños y por los todavía más bárbaros totalitarios del fascio italiano y del nazismo alemán, podemos decir, modificando ligeramente y adicionando con unas pocas frases, el celeberrimo parte del alcalde de Móstoles al conocer los fusilamientos de madrileños que ordenó Murat en represalia del Dos de Mayo: «Madrid perezca víctima de la perfidia francesa: Españoles corred a salvarlo», excitación imperativa subsistente y que ha oído el Socorro Rojo Internacional al pedir que se conmemore el aniversario enviando a la villa mártir ropas y viveres, abrigo y subsistencias.

Madrid ha menester esa índole de auxilio, porque horroriza pensar en lo que sufrirá este invierno, sin un cristal en los balcones y ventanas, sin carbón, sin leña, casi sin árboles de los que hacerla, ni muebles aptos para ser convertidos en astillas. Y este frío imposible de contrarrestar con abrigos y calefacción aumentará con la desnutrición de los que apenas si comen para otra cosa que para distraer el hambre. El frío hace tiritar y tiritando no se muestra valor a los ojos del que mira, y el hambre, en vez de impulsar, acoquina, apaga el entusiasmo, abate el brío, que como dicen refranes chabacanos y exactos: «Tripas llevan piernas» y «de la panza sale la danza».

Antes del noviembre del año 36 vino Madrid luchando heroicamente contra cuantos pretendían dominarlo, ya concentrándose en el Cuartel de la Montaña, ya bajando sobre él desde la Sierra, como aludes humanos, como lobos hambrientos. Madrid supo defenderse y al salvarse salvó a la España republicana. Y antes de que saliéramos del asombro causado por la maravillosa resistencia en la Sierra de Guadarrama, surge la epopeya de noviembre.

El enemigo, engañado por la traslación del Gobierno a Valencia, trata de engañar a los madrileños haciéndoles creer en lo que su vileza inventaba o tenía por cierto; pero la población de Madrid, que luchó, hace más de un siglo, abandonada por la familia real y los Consejos, lucha ahora que el Gobierno no la abandonó sino que estratégicamente cambió de lugar, con ánimo entero y fe en la justicia de su causa y en la fortaleza de su brazo; lucha y arroja a las avanzadas enemigas de los sitios a que llegaron y contiene en la Ciudad Universitaria, Casa de Campo, barrio de Usera y Carreteras de Extramadura y Andalucía, a los que se parapetaron en esas y en otras cercanías de Madrid.

Durante este año sublime y trágico, Madrid

no sólo contiene al enemigo sino que logra rechazarlo por algunos sitios. Derrota a los alemanes en su avance por Aravaca y vence a los italianos en Trijueque y Brihuega. Evita por Arganda que los extranjeros —lo son también los nacidos en España, que se valen, para combatir a sus compatriotas, de italianos, alemanes y marroquíes— corten la comunicación con Levante, aspiración del enemigo para coger por el estómago a Madrid y dominarlo.

Se llegó a la Granja y a las cercanías de Segovia por la Sierra, a Sigüenza por la provincia de Guadalajara, a Carabanchel por la orilla derecha del Manzanares y a las cercanías de Seseña en el camino de Aranjuez. Se han recuperado varios pueblos, se reconquistó Brunete y en los barrios miseros de las cercanías de Madrid, como el de Usera, se pelea en las casuchas y se disputa palmo a palmo el terreno.

Admiro a Madrid, me conmueve Madrid. ¿Cómo no admirarle? Sin perder su característica alegría, resiste a un enemigo poderoso, y sin que decaiga su confianza en la justicia republicana antifascista y en su espíritu de sacrificio y en su ánimo valeroso, combate para vencer y aún más que para obtener la victoria, para enterrar al fascismo, no diremos, apelando a una frase hecha, que entre sus muros, porque Madrid es una población abierta, si podemos decir que en su muladares y escombreras. ¿Y qué ánimo, por ajeno que sea a Madrid, al que yo amo como hijo, puede librarse de la conmoción causada por las cuitas, por los sinsabores, por los sufrimientos de la villa tan admirable por su heroísmo cuan por la estoica conformidad y abnegación sublime ante el hambre, el frío y el tremendo cañoneo ya de las baterías enemigas, ya de los aviones negros y carniceiros como cuervos? Repercuten en el corazón los estampidos de las bombas y los ayes que se cree percibir de los heridos. Apenas el saber de las casas agujereadas, como mutiladas o hundidas cual muertas. Y horroriza conocer la destrucción de barriadas como Rosales, Argüelles, la calle de Blasco Ibáñez...

¡Oh! Madrid, Madrid más heroico que el Dos de Mayo, que el 7 de julio, que en las jornadas de 1854 y que en las barricadas del 22 de junio de 1866 y como nunca mártir; ni en los motines por el pan durante los hechizos de Carlos II ni en las andanzas del año del hambre, cuando la vulgarmente llamada francesada sufrió un martirio semejante.

Hay, como dicen las mujeres de exaltada solidaridad, que quitarse el pan de la boca, para dárselo a los mártires de Madrid a quienes ni el hambre logra abatir.

ROBERTO CASTROVIDO

Madrid sitiado, en su sitio

Un año lleva Madrid cercado por el fascismo. Los meses que ya vivió, los meses que está viviendo, le hacen una corona de fuego y martirio, una ardiente corona que ilumina a toda España, que resplandece sobre todo el mundo. Nadie puede vivir hoy de espaldas a Madrid; nadie puede cerrar los ojos a su incendio, nadie que ame la democracia y la paz. Y es de ese pueblo calcinado, mordido a cañonazos, de donde se levanta la voz más largamente acusadora, la que penetra en todos los oídos, punzante, fina, buida, para remover la sangre coagulada de los indiferentes, para azotar el lomo de los rezagados, de los tímidos.

Madrid sitiado, en su sitio. ¿Qué significa Madrid, ahora, vivo todavía —todavía más vivo— después de trescientas sesenta y cinco emboscadas de muerte? Significa la victoria. Una victoria continua. Una gran victoria hecha de victorias pequeñas, de triunfos cotidianos, de triunfos de horas, de minutos, de segundos. Madrid triunfa a cada momento; a cada instante se rehace y derrota al Garabitas que truena bajo el cielo sonriente.

Muy cerca de su dolor, enquistados en cuevas urbanas, la ciudad contempla a sus sitiadores, pero los mira como a fieras en jaula, tras los barrotes poderosos. Allí están el italiano y el alemán, envueltos en cólera. Allí están, hace doce meses, mirando con ojos brillantes en la oscuridad la presa graciosa y musculosa: allí, sacando por entre los hierros una garra impaciente que frustra en el aire su intención carnívora. No han pasado. No saldrán de su jaula. Madrid los somete, agitándoles un cendal de humo que los turba y les moja la lengua de saliva rabiosa. Madrid, ágil, luminoso, con la carne herida, sangriento y desangrado, pero hurtando siempre el cuerpo inverosímil, rozando las manazas que se adelantan para asfixiarlo: gracia de ángel que sostiene su vuelo sobre altas columnas de esperanza.

Hace un año que es así este juego terrible. En el primer instante, lanzó la humanidad un grito de angustia, lanzó el fascismo un alarido de victoria. Se la vió a la ciudad comida por las llamas, barrida por los obuses; se la vió transformada en un delicioso pisapapel sobre la mesa multiministerial de Mussolini. Hacia ella marchaban, por caminos que el crimen creyó libres, los hombres que iban a devorarla... Pero Madrid los detuvo. Su flaqueza dió fuerzas, su estupor dió coraje. La ola chocó sordamente contra el farallón, para resolverse en un gran hervor de espumas. Así empezó Madrid su duelo con la muerte.

Tras el largo acecho, tras la continua vigilancia, ahora que ya han corrido tantos días, ¿cuál será el pensamiento de estos hombres que no pueden franquear la Ciudad Universitaria ni abrirse paso por las fortificaciones que defienden el barrio de Usera? Si no los cegara la impotencia, pensarían que están sitiados también. Sitiados por una ciudad, por un pueblo. “Sitiados” por el “sitio” de Madrid. La urbe los subyuga, los castra. Los tiene allí amarrados, con una sola, roja idea clavada en la cabeza; presos en una cárcel terrible. ¿Quién podrá defenderles? Madrid lucha y resiste; pero a ellos su defensa les pierde, porque su defensa es ataque, un ataque de doce meses, sin salvación y sin victoria. Hacia atrás, el orgullo cerróles ya todas las puertas, y ninguna les abre, delante, la alta torre que sueñan someter. Están podridos en su propio fango, con los ojos vacíos y las manos crispadas. Frente a ellos, Madrid metió sus raíces en la sangre de siempre, en la de su pasado, en la de su porvenir. Madrid, que está haciendo otra vez su gran historia, forjando trabajosamente una vida que será para toda la vida.

NICOLAS GUILLEN

En Madrid ha habido siempre algo de toda España. En toda la España leal hay ahora, tiene que haber, es imposible que no haya, algo de nuestro eterno Madrid

«Unas palabras de salutación al pueblo madrileño y a los españoles todos para transmitirles el abrazo limpio, fraternal y emocionante del pueblo catalán.

Vuestra lealtad, madrileños, españoles todos, os hace apreciar singularmente la sinceridad y la claridad en la expresión y en la conducta, y si algún derecho tengo a las demostraciones de simpatía y de consideración con que siempre me habéis honrado, ha de deberse —pues no tengo otro mérito— a que jamás disimulé mi pensamiento y he hablado siempre el mismo lenguaje aquí que en Cataluña, cosa que no ocurrió antaño con otros exponentes de nuestra tierra: sindicatos, organismos políticos y económicos que hablaban allí de una manera, mientras en las juntas generales españolas se dedicaban al cultivo de clientelas de las más diversas condiciones.

¡Salud! ¡Soldados del Ejército español, carne del pueblo, brazos armados de la libertad! ¡Salud a todos, en nombre de Cataluña!»

(Palabras del discurso pronunciado por el Presidente de la Generalidad de Cataluña, don Luis Companys, ante el micrófono de Unión Radio de Madrid, la noche del 22 de octubre de 1937.)

Adolescencia y heroísmo de la villa de Madrid

Crisis de adolescencia; eso ha sido la guerra para Madrid. Madrid vivía en el mejor de los mundos, en el alborozado mundo de su puerilidad sin par.

La esencia de Madrid —sierra y llano, cielo y agua— consistía en un algo, apenas nada, pequeño y delicado, sencillo y transparente. Madrid tenía la gracia, la fragilidad y la irreflexión dichosa —sublime— de los niños que hollaban la arena de sus paseos. Carlos III, infante barroco —rey sin haber perdido su ingenuidad infantil, académica— pisó con el tacón alto de su zapato la misma arena. Nubes orondas y cielo azul. Los monumentos madrileños se rizan en volutas de piedra blanca. Humo y ya se acabó la humareda. Surge en la villa una fábrica de porcelana. La delicadeza del pueblo madrileño se aguja y se hace sonrisa, se hace porcelana. Sonrisa juvenil, quebradiza, sonrisa que quiere y aun no puede ser filosófica. Para serlo no le basta la intención —por mucho que en el sonreír sea

la intención casi todo— ni basta con que las calles madrileñas sean propicias cual ninguna para la charla sin principio ni fin, inútil, filosófica en suma; en suma delicia. Para serlo le falta el sufrimiento, la amargura, la gravedad debida. ¿Debida a quién? A Madrid se le iba con extremada y venturosa frecuencia el santo al cielo. A Madrid la sonrisa de mozo se le hizo con poca risa franca, incontenible, de rompe y rasga. Risa de niño que ríe hasta olvidar el por qué.

El pueblo madrileño gozaba de su edad en alborozo y con la altivez—prematura entonces, explicada hoy—de quien espera colmar con creces la talla de su destino, se burlaba con inigualable desenvoltura, de todo y de todos, de cuanto existe o existía fuera de su recinto ciudadano. Recinto sin murallas, sólo con las puertas, sin más dique ni mejor defensa que su propia ciudadanía. Ciudad abierta, como alma de niño, con nieblas universales, rosadas y líricas, o soles y resoles en sus bulli-

ciosos patios de vecindad. Tan particulares que cuando llovía se mojaban como los demás. Con el invierno se esponjaba la piel del oso y reverdecía el madroño. Sonaba la hora de la candidez simbólica. Con el reflejo del estío, el madrileño guiñaba los ojos. Sonaba el cuarto de hora de la picardía callejera. Picardía sin malicia, la suya, sólo por darle gusto al gusto de guiñar unos ojos de listo. Chico o grande—chico y revoltoso de todas las maneras—el madrileño sentía la ineludible necesidad de permanecer, pegado, mimoso aun, aun acobardado de los vendavales del mundo, a las faldas maternales de sus antepasados. Madrid era la ciudad de los nietos que quisieron y lograron superar las hazañas de sus abuelos. Al cobijo de los pliegues de la camilla, al cobijo de la literatura galdosiana, el pueblo de Madrid consumía su niñez sin aventuras ni desventuras. Niñez un poco triste. Como todas. Un tanto insulsa...

Pero Madrid no había de quedar-



El General Miaja, defensor de Madrid

se ahí, Madrid iba a dar ejemplo al mundo, a los demás países, encanijados o seniles, sordos mortales o de nacimiento, de cómo un pueblo madura y se hace hombre. Madrid—forzado a ello para salvar su vida—ha sabido enfrentarse con el porvenir que le cupo en desgracia y mirarle friamente —con ojos de hombre, con mirada de héroe— por los

arcos de piedra de sus puertas abiertas, nobles y generosas.

Por las calles típicas del empuje ciudadano, Madrid ha salido a la intemperie del mundo. En esas calles —un farol plantado entre la hierba de unos desmontes y unas acacias en campesino revuelo— ha desarrollado, se está desarrollando, la guerra.

Enemigos de repente, sin anterior amistad, enemigos que querían matar al pueblo de Madrid sin antes haberle querido bien ni siquiera comido a medias, enemigos improvisados por conveniencia, llegaron hasta Madrid por los caminos llanos de su proverbial buena fe.

El pueblo niño cruzó resueltamente los umbrales gloriosos de su adolescencia, contuvo la sonrisa... Volvió a sonreír. Los ejércitos ilusos y sitanicos, alemanes, imperiales y musulmanes no lograron vadear el Manzanares, arroyo miliciano, aprendiendo sólo de río, espejo de guerrilleros, la lágrima de la villa.

Y ahí está Madrid. Tiene ya el sabor agri dulce de una verdad. Es firme y señero... y aun, aun, ha perdido su ternura indefinida, rosada y lírica, de lo que fué su niñez; Madrid ha pasado—y no todo—la tragedia y todavía conserva en su mirar un aliento de su cana adolescencia. Al igual que los héroes y divindades griegas, no perdido en el fragor del combate, su dulce expresión característica, sus candorosos hoyuelos en las mejillas ni su tranquilidad de conciencia.

DANIEL TAPIA BOLIVAR

Evocación y reiteración de un elogio

Aun no hace diez meses, y a poco de llegar a Valencia, escribí un artículo, titulado «MADRID», que vió la luz en distintos periódicos de la España leal. Hoy lo reproduzco casi íntegramente. No ha perdido su validez ni su oportunidad. Más aun; creo que esta reproducción constituye el más eficiente elogio de Madrid, que le cabe hacer a un madrileño extraño, escamoteado de su destino matritense: celebrar con palabras añejas el presente infranqueable e imperecedero de su inabarcable «patria chica».

Madrid

(MADRILEÑO quiere decir: calcañar italiano en fuga y cruz gamada enderezada. Y presente del porvenir. Madrileño es el que conjuga la dura ciencia de vivir con el arte de resistir alegremente la jornada. En Madrid no ha pasado nada. Salvo la muerte sonreída, salvo la vida amortajada, en Madrid no ha pasado nada...

J. J. D.)

Digamos sobriamente, a la madrileña, Madrid. No hay que añadirle títulos añejos. Si fué villa Imperial, Coronada, muy ilustre, muy Leal, muy Heroica, Excelentísima..., como síntesis de todas las cualidades mayúsculas, prestanciosas y prestigiosas de lo español histórico y formal, Madrid —que hoy recupera a España— rompe, sin romper con su significación y su destino tradicionales, con las alharacas, los diplomas y los cintajos de su tradición traicionada, y se titula, con un enorme laconismo estoico, con una inabarcable sobriedad castellana —española—, Madrid. Simplemente Madrid. O lo que es lo mismo: nada menos que España en pie contra la invasión extranjera.

Madrid —hoy por hoy— no reconoce límites. ¿Quién le pone fronteras legítimas a Madrid? ¿Qué español bien nacido no se siente, allí donde se hallare —ya libre o todavía esclavizado—, madrileño? A las puertas de la capital de la República, un sacrificador extranjero, esputo de la España preterita, sedicente español y carroña alquilada de la prostitución internacional o diplomática, consuma, abrevándose en sangre madrileña, las más viles y alevosas hecatombes. Como no puede expugnar la entereza unánime del corazón de la República, sacia sus sañudos instantos mostruosos en los hijos y las mujeres —en los huérfanos y en las viudas— de los defensores de la lealtad española. Pero

Madrid no retrocede. Madrid —que hoy recupera a España— se enraiza ahincadamente en sus escombros. Sobrevive a su derrumbe. Sólo su arquitectura está a merced de los obuses y de las bombas internacionales. El espíritu de Madrid se entierra en la tierra nativa y es inextirpable. Así extralimita su concepto geográfico, topográfico, que fué inamovible, y ahondándose en sí mismo, sale a la superficie de toda España. Y sabrá ser, en último término, si a tal término le fuerzan, el cantón subterráneo de la civilidad, de la urbanidad castellana: las catacumbas del verdadero espíritu religioso, de la independencia española.

Madrid —que hoy recupera a España, y repetid conmigo, y con orgullo, esta reiteración veraz, archievidente— significa, sobre todo, unanimidad, conciencia, constancia y sacrificio. Madrid no es —no puede ser— un páramo señero de Castilla, que se bate solitariamente por toda España. Si España no respondiera a los estímulos de Madrid, dejaría de ser España. Ha de situarse, pues, moral y materialmente, en la capital de la República, que es donde se dirime el porvenir de «todos» los españoles. Los catalanes, los levantinos, los castellanos, los andaluces y los vascos, son hoy, tienen que ser hoy, sobre todo y ante todo, «madrileños». Porque, hoy por hoy, madrileño quiere decir «español libre» y voluntad infranqueable. Si la jauría facciosa —alemana, italiana, marroquí y portuguesa— nos azuza, Madrid con las carnes desgarradas, pero con el esqueleto intacto, nos enseña cómo los desgarrones materiales y morales no menoscaban la integridad del espíritu. Y nos ordena imperiosamente: «todos a una» contra los detentadores y depredadores de España. Todos —catalanes, levantinos, castellanos, vascos y andaluces— a una. Todos Madrid. Esto es, todos España. Y ante tal llamamiento, empapado de sangre madrileña, española, ningún español puede dejar de sentirse madrileño. Porque todos los españoles leales —porque todos los españoles— son hombres bien nacidos.

ENVÍO:

Yo sé, Madrid, que tu escudo tradicional ha desaparecido. La clergalla, que no podaste a tiempo, enajenó tus pastos y su significación espiritual o religiosa, substituyendo los osos de tus montes, el oso de leyenda, por osos importados y de cuño alemán, que pretenden abrazarte y aherrrojarte con sus argollas mercenarias. Y sé y siento que el frío te obliga a escamondar y a poner tu símbolo más noble: el ejemplar «madroño» de tu villa, de tus arboledas. Pero sé y siento con orgullo que no estás arreído. Que te defiendes, como te cumple, de todas las inclemencias. Que subsistes y que España subsiste por tu conducta irreprochable. Y sé y siento, por último, que, sin propósito de ejemplaridad, tu ejemplo se yergue y dice: «Aquí está Madrid, esto es, España, en pie y desangrándose, en su sitio, contra la invasión extranjera».

JUAN JOSE DOMENCHINA

El heroísmo de Madrid no es más que la suma de sus virtudes llevadas al máximo rendimiento por el destino, o, si se prefiere, por el azar.